



Yaravíes de Mariano Melgar

El libro *Poesías de don Mariano Melgar*, Tipografía de G. Crépin-Leblond, Nancy (Francia), fue publicado en 1878 por Manuel Moscoso Melgar, sobrino del poeta. Es el primer libro en reunir el trabajo lírico de Mariano Lorenzo Melgar Valdivieso (1790-1815).

El libro completo está disponible en Internet en Google Books:

https://www.google.com/books/edition/Poes%C3%ADas_de_don_Mariano_Melgar/JTwsAAAAYAAJ

y también en archive.org:

https://archive.org/details/melgar_poesias_1878/

Además de la poesía de Melgar, el libro incluye una amplia «Introducción» (pp.5-39) —firmada por Francisco García Calderón en 1865— que, en realidad, es una presentación detallada del trabajo poético de Melgar, así como unas profusas «Noticias biográficas» (pp.43-69), fechadas en Lima en 1865, pero sin indicar el nombre de su autor.

Las páginas que siguen contienen el material directamente relevante al yaraví, y han sido extraídas de esa edición príncipe. Se incluye lo siguiente:

- La portada original del libro
- La sección «Que cosa es un yaraví?» [sic] (pp. 31-39) de la Introducción de García Calderón
- Los «Yaravíes» (pp.191-208) incluidos en el libro, que son diez poemas de despecho y queja, de longitud y métrica variables.

<https://www.yaravi.org/>

(DMC) 12 de noviembre del 2025

POESÍAS

DE

DON MARIANO MELGAR.

PUBLÍCALAS DON MANUEL MOSCOSO MELGAR,

DEDICÁNDOLAS

A LA JUVENTUD AREQUIPEÑA.



LIMA.

EN LOS DEPÓSITOS DEL AUTOR

—
1878

Que cosa es un yaraví ?

Si nos viéramos en la necesidad de definir el yaraví, tal vez no podríamos hacerlo. Esas composiciones nada nos dicen á la cabeza, y han conmovido dulcemente nuestro corazon desde la infancia. Al hablar de ellas recordamos siempre que, siendo niños, nos reclinábamos en el regazo maternal para oír las dulces notas del yaraví; y nos adormíamos con el blando arrullo de su triste música. No preguntemos, por esto, á la cabeza acerca de los yaravíes; dejemos que hable el corazon; y él nos dirá las gratas impresiones que ha recibido desde la infancia, los deliciosos ensueños que el yaraví nos ha procurado, y los dulces recuerdos que ahora mismo nos despierta. Que corra la pluma para el sentimiento, y que no obedezca el impulso de la inteligencia; y así podremos decir algo sobre los yaravíes.

Los que hemos nacido en las faldas del Misti, y que desde la niñez estamos acostumbrados á respirar el aire frío de las cordilleras, podemos comprender mejor que nadie las impresiones que produce el yaraví.

El indio inventor de esta composicion la

entona en su *quena*, y acompaña la tonada con versos de indecible ternura, que tienen en quechua una dulzura y expresion tales que el castellano no las podría reproducir. No podemos olvidar que durante nuestra infancia, y tambien en nuestra juventud, hemos parado algun tiempo en solitarios valles. Allí en las altas horas de la noche, cuando todo parece que descansa del trabajo y de la agitacion del dia; cuando los árboles mismos mueven levemente sus elevadas copas, al blando soplo del aura, hemos oido el yaraví entonado por los indígenas que iban á buscar con su trabajo el dinero necesario para dar el tributo con que pagaban su esclavitud. La naturaleza, medio dormida, las densas sombras de la noche, el silencio del valle, las colinas de que estaba rodeado y que formaban un eco triste, la condicion miserable del indígena: todo esto contribuía á dar tal sentimentalismo al yaraví, que nos desgarraba el corazon. El indio era, para nosotros, el intérprete de los dolores de la tierra; y su tierno canto era la queja elevada al firmamento; queja elevada cuando la naturaleza duerme, porque para no aumentar los pesares de la vida, parece preciso que los mortales no tengan jamas conciencia de lo que padecen. Y no puede ser de otro modo; porque al oir las primaras notas del yaraví el corazon se dilata, los sentidos se adormecen, vienen unos en pos de otros los recuerdos del pasado, llega tal vez con ellos el aroma puro

y suave de juveniles amores, y entónces qué dulce es poder decir con Melgar:

Ya que para mí no vives,
Y no te han de ver mis ojos,
Pues te he perdido;
Daré lugar á mis penas
En la triste soledad
En que hoy me miro.

Vosotros los que estais acostumbrados al bullicio de las ciudades, que no habeis salido jamás de ellas, y que vivis engolfados en el laberinto seductor que presenta ese engañoso fantasma que llamamos sociedad, no podeis comprender las sensaciones que se despiertan en el alma cuando el hombre se encuentra solo al frente de las majestuosas creaciones de la naturaleza, y sin más testigo de sus emociones que su propio corazon que aspira á dilatarse tanto como la inmensidad en que se encuentra. Si entónces, al son de triste *quena* ó de apacible vihuela se entonan las sentidas y dulces notas de un yaraví, el alma se hace semejante á la mariposa; y así como ésta al ver la luz corre presurosa hácia ella, y revolotea sin cesar, al rededor del candil, hasta morir en él; así el que ha oido un yaraví, quiere continuar oyéndolo; el corazon se le agita, suspira, gime, llora, y se sumerge con placer en ese oceano sin orillas á que los poetas dan el nombre de dulce melancolía.

Sí, repetimos: vosotros los hombres de la sociedad, no podeis comprender el yaraví, por

que esta composicion es como las plantas que solo crecen y se desarrollan en el lugar de que son indígenas; y que trasplantadas á otro se hacen débiles y no producen fruto. El yaraví debe ser cantado en la soledad; allí produce todo su efecto; y en medio del bullicio de las sociedades forma desagradable contraste con la animacion de las personas y de los objetos que en ellas se encuentran.

El yaraví es el ¡ay! que emite el alma cuando se encuentra agobiada por un pesar ó por un amor desgraciado. No es el acento ardoroso del ódio, ni la devoradora expresion de la venganza; es el gemido del que vé perdido su amor y continúa queriendo; es el dulce coloquio que se sostiene con la inseparable sombra del ingrato objeto de nuestros amores, ó de la insensible causa de nuestras penas.

Fácil es ver por esto las dificultades con que tropezaríamos para definir el yaraví: hemos descrito sus efectos; y esperamos que de este modo se formarán idea de él nuestros lectores.

El yaraví es una composicion destinada á cantarse con acompañamiento de vihuela ó de dos *quenas*. La música no tiene más que un tema fijo, sin ninguna variacion; y esta monotonía del canto lo asemeja á un golpe muchas veces repetido, que por efecto de la repeticion hiere el objeto golpeado: así las notas del yaraví llevan poco á poco el alma á la melancolía.

No es el yaraví la canción que debemos á los europeos: es, como ya hemos dicho, la elegía con que acompaña su llanto el corazón que sufre. Los indígenas lo enseñaron á los españoles; y desde entónces se ha hecho de él una composición enteramente nacional en la música, y una canción enteramente especial en nuestra literatura.

Siendo el yaraví la poesía primitiva de los indígenas, las mejores composiciones de este género se encuentran en quechua. Las que se han hecho en español son traducciones ó imitaciones de aquellas; y el verso que se ha adoptado para estas imitaciones es por lo común el de ocho sílabas, en cuartetos ó quintillas. Se emplea también el verso de ménos sílabas; y es muy usada la interpolación de versos de cinco sílabas entre los de ocho, y á este yaraví se le llama *de pié quebrado*.

Los yaravíes que publicamos de Melgar son diez. Muchos son los que se le atribuyen; pero no estando seguros de su autenticidad, solo publicamos aquellos de que no tenemos ninguna duda. Es sensible que estas composiciones que tanta fama han dado á nuestro poeta, y que le han granjeado los calificativos, de dulce y tierno, hayan quedado reducidas á tan pequeño número; pero hemos querido mejor disminuir el número, que exponernos á que se reclamara la propiedad de algunas de ellas.

En todos los yaravíes que publicamos se

han reunido tan bien las condiciones esenciales de ese género de escritos, que no hay uno solo que al cantarlo no produzca su efecto, y aun al recitarlos se nota en ellos esa expresion de ternura que es uno de sus principales requisitos. Sencillez y naturalidad en la expresion, vehemencia en los sentimientos, y ligereza en el verso: todo esto se encuentra en los yaravíes de Melgar; no obstante merecen la preferencia sobre los otros el VII que principia:

¿ Con que al fin, tirano dueño,
 Tanto Amor, clamores tantos,
 Tantas fatigas,
 No han conseguido en tu pecho
 Más premio que un duro golpe
 De tiranía?

el IX, cuyos primeros versos son:

¿ Con que al fin habeis tomado....

y el X:

Ya que para mí no vives....

que lo hemos citado ántes.

Comprenderán por esto nuestros lectores que el yaraví es una de aquellas composiciones que hablan al corazon con todo el desconcierto y la ternura que son propios de las grandes afectaciones del espíritu. Nosotros sentimos su fuerza, y par eso no damos lugar á la crítica. No queremos que la inteligencia con su frío análisis venga á matar en nosotros un grato senti-

miento: deseamos que nuestros lectores hagan lo mismo al leer estas composiciones de Melgar, y que poseídos del efecto que producen, puedan decir lo que un aficionado de esta poesía ha dicho hablando de ella: « Por lo que á mí toca, confieso con ingenuidad, que cuando oigo estas canciones, se abate mi espíritu, se acongoja el ánimo, el corazón se entristece, los sentidos se encalman, y el llanto humedece mis ojos » (1).

Á los yaravíes siguen las fábulas, que son cinco: la moral de ellas es política ó social; y están escritas con gracia y fluidez.

En cuanto á la estructura general de los versos, poco nos resta que decir. Melgar estudió mucho los antiguos poetas españoles, y los ha imitado en las combinaciones métricas. El verso de que usa con más frecuencia es el endecasílabo. La medida es por lo comun perfecta: muy pocos versos faltan á ella, y en algunos casos el consonante y el asonante son viciosos; pero éstos son pequeños lunares que no ofuscan el brillo de nuestro poeta, por las razones que hemos dado al principio de este escrito.

He aquí el juicio, imparcial en nuestro concepto, que despues de largo tiempo de estudio hemos formado de las poesías de Melgar. Quizá la poca versacion que tenemos en materias literarias nos haya hecho incurrir en

(1) *Mercurio Peruano*, tomo 4º de la edicion antigua. Véase tambien *Geografia de Paz-Soldan*, tomo 1º, p. 32.

errores; y por eso no proponemos nuestra opinion como un fallo irrevocable, ó como una regla que invariablemente se deba seguir. Si alguna persona nos hace notar bellezas que no hemos sentido, ó defectos en que no hemos reparado, tendremos gusto en rectificar nuestros asertos; porque nosotros no queremos que Melgar pase á la posteridad vestido de oropeles que puedan ser deslustrados por el tiempo, sino con su ropaje propio, y en el lugar que debe tener por su verdadero mérito. Sirva nuestro juicio de principio al fallo de la opinion pública; y nos complaceremos de haber empleado muchas vigiliass en estudiar y dar á luz las composiciones de Melgar, de que tanto se habla, por algunos con pasion, por otros sin pleno conocimiento, y por muy pocos con imparcialidad. Siempre nos quedará la satisfaccion de haber trabajado para que estas composiciones no caigan en el olvido, como habria sucedido tal vez si no se presentaran reunidas, como ahora lo están.

Entre tanto ¡tú, jóven poeta, duermes tranquilo! En tu breve existencia dejaste hondas huellas en pos de tí: la Patria te recuerda con orgullo y gratitud, por el sacrificio de tu existencia; y la Literatura ha escrito ya tu nombre con elogio en sus inmortales páginas.

¡Feliz tú, que pudiste hacer tanto en tan pequeño tiempo! ¡Quien pudiera asegurarnos como á tí la aureola de la inmortalidad! Noble emulacion despierta en nosotros tú memo-

ria; pero pesados viajeros en este mundo de penas y sinsabores, nos encontramos sin fuerzas para imitarte; y nos limitamos á ofrecerte la flor marchita de nuestros débiles esfuerzos. Recíbela con benevolencia, y permite que, conmovidos por tus tiernas composiciones, al despedirnos de tus Manes escribamos en la puerta de tu sepulcro:

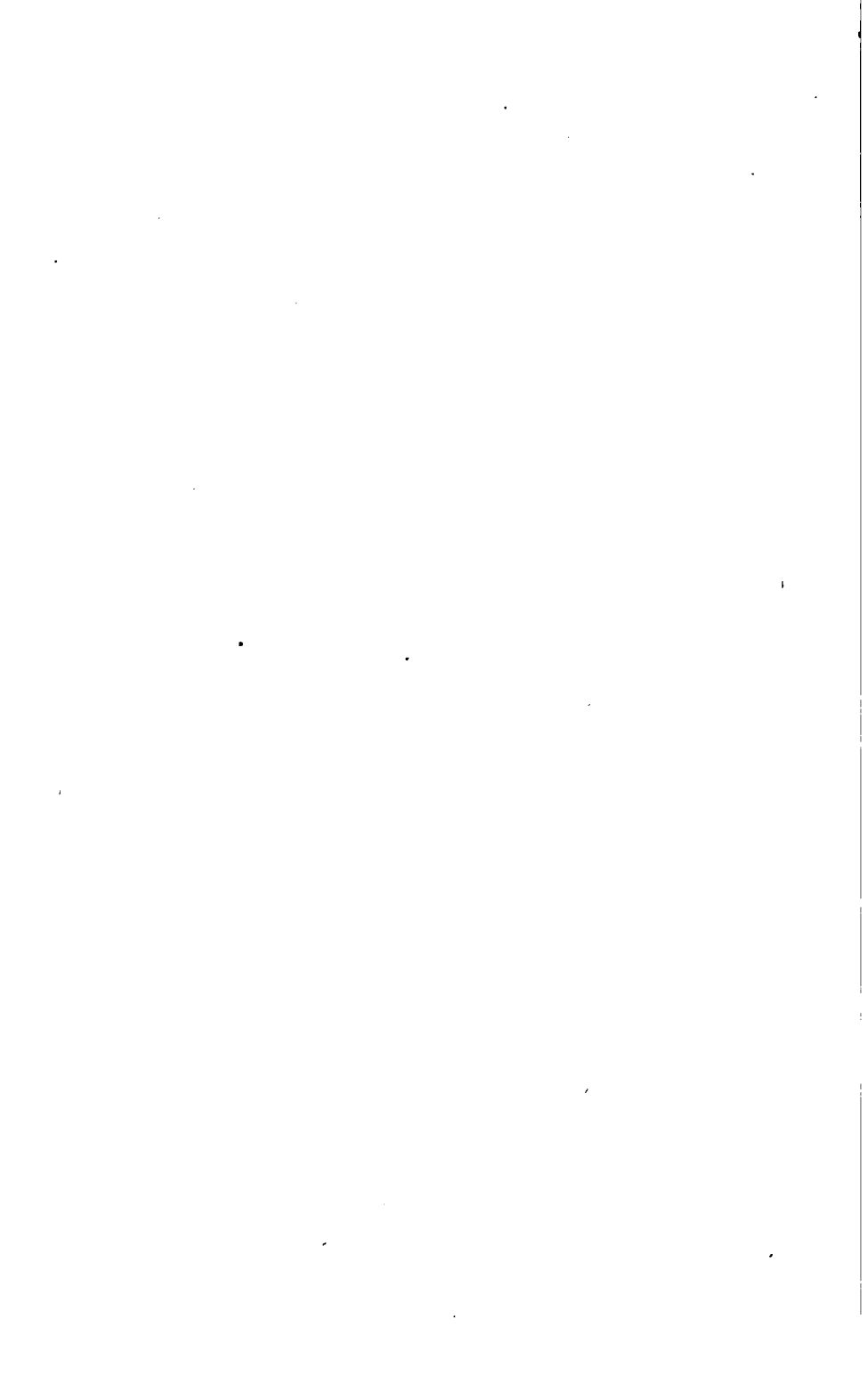
Aquí descansa Melgar, EL POETA DE LOS YARAVÍES.

Colocaos en torno de su tumba los que teneis corazon.

F. GARCÍA CALDERON.

Lima, abril 22 de 1865.

YARAVIES



I.

Todo mi afecto puse en una ingrata;
Y ella inconstante me llegó á olvidar.

Si así, si así se trata
Un afecto sincero,
Amor, amor no quiero,
No quiero más amar.

Juramos ser yo suyo y ella mía:
Yo cumplí, y ella no se acordó más.

Mayor, mayor falsía
Jamás hallar espero,
Amor, amor no quiero,
No quiero más amar.

Mi gloria fué en un tiempo su firmeza;
Y hoy su inconstancia vil me hace penar.

Fuera, fuera bajeza
Que durara mi esmero,
Amor, amor no quiero,
No quiero más amar.

II.

—

Por más que quiero
De la memoria
Borrar la gloria
Que poseí;

Por todas partes
Cruel me persigue:
Siempre me sigue,
Siempre ¡ay de mí!

Procuró en vano
No dar oído
Á aquel sonido
Que un día oí,
Cuando mi prenda
Juró ser mía
Y me decía
« Seré de tí ».

Su voz entónces
Fué mi contento:
Su juramento
Me hizo feliz.

Más sus recuerdos
Me son mortales,
Y entre mil males
Llego á gemir.

Por qué ha perdido
Su fiel firmeza,
Y su promesa
Olvidó ruin?

Cuando yo fino
Más la quería,
Me borró impía
Del pecho vil.

Esta inconstancia
Cruel y severa
Calmar debiera
Mi frenesí.

Pero solo hace
Que se acreciente
Mi llama ardiente,
¡Llama infeliz!

Amor infame,
Dime hasta cuando
Quieres vil mando
Tener en mí?

Borra esa ingrata
Del pecho mío:
No más impío
Me hagas morir.

III.

—
La prenda mía,
En quien tenía
Puesto mi gusto,
Hoy me persigue
Con odio injusto.

Ya yo en sus ojos
Solo hallo enojos;
Cuando ántes era
Su vista sola
Mi dicha entera.

Ya su voz suave
Llenar no sabe
Mi triste oído;
Sus dulces ecos
Ya se han perdido.

Murió el acento
En que el contento
Tuve cifrado:
Ya no me dice,
« Tu eres mi amado: »

Si me escuchara
Yo le clamara,
« Siempre eres mía! »
Y quizá entonces
Se apiadaría.

Pero enojada
Mi prenda amada,
Ni oirme quiere:
Ya mi esperanza
Del todo muere.

Prenda querida,
Por quien la vida
Me quita el llanto:
¿ Por qué me tratas
Con rigor tanto?

Daré contento
Mi último aliento
Si esto has querido;
Pero no pienses
Que infiel he sido.

Déme la muerte
Tu mano fuerte
Con dardo impío,
Como al matarme
Digas: « Es mío! »

Y por divisa
De mi ceniza
Pongas delante:
« Bajo esta losa
Yace mi amante ».

IV.

*Vuelve que ya no puedo
Vivir sin tus cariños :
Vuelve mi palomita,
Vuelve á tu dulce nido.*

Mira que hay cazadores
Que con afan maligno
Te pondrán en sus redes
Mortales atractivos;
Y cuando te hayan preso
Te darán cruel martirio :
No sea que te cacen,
Huye tanto peligro.

*Vuelve mi palomita,
Vuelve á tu dulce nido.*

Ninguno ha de quererte
Como yo te he querido,
Te engañas si pretendes
Hallar amor más fino.
Habrá otros nidos de oro,
Pero nó como el mío :
Por tí vertió mi pecho
Sus primeros gemidos.

*Vuelve mi palomita,
Vuelve á tu dulce nido.*

Bien sabes que yo siempre
 En tu amor embebido,
 Jamás toqué tus plumas,
 Ni ajé tu albor divino;
 Si otro puede tocarlas
 Y disipar su brillo,
 Salva tu mejor prenda,
 Ven al seguro asilo.

*Vuelve mi palomita,
 Vuelve á tu dulce nido.*

¿Por qué, dime, te alejas?
 ¿Por qué con odio impío
 Dejas un dueño amante
 Por buscar precipicios?
 ¿Así abandonar quieres
 Tu asiento tan antiguo?
 ¿Con que así ha de quererte
 El corazon herido?

*Vuelve mi palomita,
 Vuelve á tu dulce nido.*

No pienses que haya entrado
 Aquí otro pajarillo:
 Nó, palomita mía,
 Nadie toca este sitio.
 Tuyo es mi pecho entero
 Tuyo es este albedrío;
 Y por tí sola clamo
 Con amantes suspiros.

*Vuelve mi palomita,
 Vuelve á tu dulce nido.*

Yo solo reconozco
 Tu bello colorido,
 Y solo sabré darle
 Su precio merecido,
 Yo solo así merezco
 Gozar de tu cariño;
 Y tú solo en mí puedes
 Gozar dias tranquilos.
Vuelve mi palomita,
Vuelve á tu dulce nido.

No seas, pues, tirana:
 Haz las paces conmigo:
 Ya de llorar cansado
 Me tiene tu capricho,
 No vuelas más, no sigas
 Tus desviados giros,
 Tus alitas doradas
 Vuelve á mí que ya espiro.
Vuelve que ya no puedo
Vivir sin tus cariños,
Vuelve mi palomita,
Vuelve á tu dulce nido.

V.

—

« Donde quiera que vayas
Te seguiré mi dueño »
Así en eco halagüeño
Mi bien me consoló!
¡O suave, ó dulce acento!
Pero para que canto?
Callado, placer tanto
Guste mi corazón.

VI.

—

Sin ver tus ojos
Mandas que viva
Mi pecho triste;
Pero el no verte
Y tener vida
Es imposible.

Las largas horas
Que sin tí paso
Son insufribles,
Vivo violento,
Nada me gusta,
Todo me aflige.

El sol me envía
Para alegrarme
Luz apecible;
Mas si no trae
Tu imagen bella,
¿De qué me sirve?

En mi retiro
Aguardo sólo
Hasta que viste
De negro luto
El orbe entero
La noche horrible.

Miéntras los astros
Van silenciosos
Al mar á hundirse,
Yo revolviendo
Estoy las penas
Que el pecho oprimen.

En mi desvelo
Mi amor y pena
Suelo decirte:
Pero estas lejos,
No oyes mi llanto,
Ni por mí gimes.

Por largas horas
Mi amarga queja
Mi alma repite,
Hasta que el Cielo
Para mal mío
De luz se viste.

Entónces veo
Ser todavía
Más infelice,
Porque el desahogo
Que me dá el llanto
La luz me impide.

¡Ay! Así vivo
Dando á mi pena
Giros terribles;
Y así muriera
Si eterna fuese
La ausencia triste,

Hacer tú puedes
¡Ay vida mía!
Que yo respire,
Amando fina
Á quien tan solo
De tu amor vive.

VII.

—

¿Con que al fin, tirano dueño,
 Tanto amor, clamores tantos,
 Tantas fatigas,
 No han conseguido en tu pecho
 Más premio que un duro golpe
 De tiranía?

Tú me intimas que no te ame
 Diciendo que no me quieres,
 ¡Ay vida mía!
 ¡Y que una ley tan tirana
 Tenga de observar, perdiendo
 Mi triste vida!

Yo procuraré olvidarte,
 Y moriré bajo el peso
 De mis desdichas;
 Pero no pienses que el cielo
 Deje de hacerte sentir
 Sus justas iras.

Muerto yo, tú llorarás
 El error de haber perdido
 Un alma fina;

Y aun muerto sabrá vengarse
Este mísero viviente
Que hoy tiranizas.

Á todas horas mi sombra
Llenará de mil horrores
Tu fantasía ;
Y acabará con tus gustos
El melancólico espectro
De mis cenizas.

VIII.

—

Ya mi triste desventura
 No deja
Esperanza de tener
 Alivio;
Y el buscarlo solo sirve
 De darme
El tormento de mirarlo
 Perdido.

En vano huiré buscando
 Regiones
Donde olvidar á mi dueño
 Querido:
Con la distancia tendrá
 Mi pecho
Sus recelos y su amor
 Más fijos.

Lloraré cuando estes lejos
 Mis males;
Y emitiré los más tristes
 Gemidos;

Y ya no tendré el consuelo
De verte,
Ni que sepas mis crueles
Martirios.

Ay! Dime, querido dueño:
¿Que causa
Pudo mudar ese pecho
Tan fino?
No te mueve á compasion
El verme
Que huyendo de tus crueldades
Espiro?

¿Con qué corazon oirás
Decir
Que por tí murió quien firme
Te quiso?
No seas, amada prenda,
No seas
De mi desdichada vida
Martirio.

IX.

¿Con que al fin habeis tomado
La fatal resolucion

De abandonarme?

¿Al rigor de tus crueldades
Al tormento más atroz

Quieres matarme?

Habéis, pues, firmado al fin
La sentencia de mi muerte,
Dueño tirano;

Y yo tendré que beber
El veneno que tus manos
Me han preparado!

Venga el tósigo fatal
Y acabe con mi existencia
Tan miserable

Has logrado ya tu intento,
Pues me ves yerto cadáver,
Y sin aliento.

Cubre, pues, mi amante cuerpo
Con la gala que le es propia
Á aquel que ha muerto ;
Pero, cruel, téme á mi sombra
Que con voz horrenda y triste
Siempre te nombra.

X.

Ya que para mí no vives,
Y no te han de ver mis ojos,
Pues te he perdido;
Daré lugar á mis penas
En la triste soledad
En que hoy me miro.

Tu me intimas el precepto
De que olvide para siempre
Tus atractivos,
Cuando solo con la muerte
Sepultaré esta memoria
En el olvido.

Te lloraré eternamente
Como prenda inseparable
Del pecho mío,
Iras impresa en el alma,
Dejando mi triste cuerpo
Cadáver frío.